

EDUCATIONIS MOMENTUM

vol. 6, n.º 1, 2020, pp. 115-119. ISSN (impr.): 2414-1364; (online): 2517-9853

Todd ROSE. (2017). *The End of Average*.
Nueva York: Harper Collins, 247 pp.

Por: Carlos Alberto ROSAS-JIMÉNEZ¹

Cuestionar el sistema educativo actual sin plantear soluciones es común escucharlo; sin embargo, no es frecuente encontrarse con cuestionamientos profundos a dicho sistema y plantear soluciones convincentes. Pues bien, en el presente libro es posible deleitarse con una lectura ampliamente crítica al sistema educativo actual, particularmente al universitario, dando argumentos de fondo para indicar cuáles son sus falencias actuales y describiendo posibles salidas viables. Nuestro autor afirma que, así como el mundo de los negocios, el modelo educativo de nuestro sistema de educación superior está basado en el taylorismo, que compara a todas las personas según un promedio, dejando de lado y olvidando casi por completo la individualidad de las personas que, por el contrario, cuando es potenciada y valorada conduce a la innovación, al éxito y a la felicidad.

El ejemplo principal que usa el autor para explicar el argumento central del libro está basado en un caso de la vida real a fines de la década de 1940, cuando la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América comenzó a detectar un pobre desempeño de sus pilotos, con varios incidentes y accidentes. Se pensó que la causa eran los pilotos, hasta que el teniente Gilbert Daniels encontró que la causa de dichos problemas estaba en la cabina de los aviones. El problema radicaba en que la cabina estaba hecha para las dimensiones corporales del piloto promedio. Sin embargo, según la investigación realizada por Daniels, de

1 Universidad Anáhuac, México. Correo electrónico: carlos.rosasji@anahuac.mx
Traducciones hechas por el autor de la reseña.

los 4 063 pilotos estudiados, ninguno de ellos encajaba en el rango promedio de las diez dimensiones corporales medidas de cada uno de los pilotos. En consecuencia, las cabinas hechas para el piloto promedio no estaban diseñadas para ningún piloto. Por lo tanto, la premisa central de este libro es muy simple: ninguna persona es promedio, no existe algo como el tamaño de cuerpo promedio, el talento promedio, la inteligencia promedio o el carácter promedio (p. 11). El problema, dice el autor, es que la vara de medir a las personas según el promedio ha penetrado tan profundamente nuestras mentes, que rara vez lo cuestionamos seriamente (p. 10).

Todd Rose es psicólogo de la Weber State University, máster en Mind, Brain, and Education y Doctor en Desarrollo Humano de Harvard Graduate School of Education, donde ha trabajado con el psicólogo Kurt Fischer y donde dirige el programa Mind, Brain and Education y lidera el Laboratory for the Science of Individuality. Es cofundador y presidente del Center for Individual Opportunity, organización dedicada a promover el liderazgo en torno a la ciencia emergente del individuo. Sus conferencias y el presente libro se han difundido ampliamente en relativamente poco tiempo.

El libro está dividido en tres partes precedidas de una breve introducción. La primera parte se titula «La era del promedio»; la segunda, «Los principios de individualidad»; y la tercera, «La era de los individuos». La primera parte incluye los tres primeros capítulos titulados: «La invención del promedio», «¿Cómo nuestro mundo se volvió estandarizado?» y «Derrocando el promedio», respectivamente. La segunda parte incluye el capítulo cuarto, «El talento es siempre irregular»; el capítulo quinto, «Los caracteres son un mito»; y el capítulo sexto, «Todos caminamos la ruta menos transitada». Por último, la tercera parte comprende los tres últimos capítulos titulados: «Cuando los negocios se comprometen con la individualidad», «Reemplazado el promedio en la educación superior» y «Redefiniendo las oportunidades».

En la primera parte del libro, el autor evidencia cómo cualquier disciplina que estudia el ser humano ha confiado ampliamente en el mismo método de investigación, es decir: poner a un grupo de personas en una condición experimental, determinar la respuesta promedio a dicha condición, y luego utilizar este promedio para formular una conclusión general sobre todas las personas (p. 23). El método principal del «promediarismo» (*averagarianism*)

es agregar y luego analizar; la ciencia del individuo, por el contrario, analiza y luego agrega (p. 69).

Siguiendo las teorías y métodos de ciencia, nuestras instituciones educativas continúan evaluando a los estudiantes individuales comparándolos con el estudiante promedio y las empresas evalúan a los postulantes a un puesto de trabajo y a sus empleados comparándolos con el postulante promedio y el empleado promedio (p. 23). Vivimos en un mundo que nos lleva a compararnos con una horda de promedios, por ejemplo, debemos comparar nuestro GPA (Graduate Point Average) con el GPA promedio para juzgar nuestro éxito académico, así como debemos comparar nuestra edad a la edad promedio en que otras personas se casan para juzgar si nos estamos casando muy tarde o muy temprano (p. 73).

En nuestro sistema de educación del siglo XXI, desde nuestros primeros grados, somos distribuidos de acuerdo con un currículo educativo estandarizado designado para el estudiante promedio, con recompensas y oportunidades repartidas a aquellos que exceden el promedio, y limitantes y condescendencia a aquellos que se quedan atrás (p. 56). En ese sentido, hemos perdido la dignidad de nuestra individualidad; nuestra singularidad se ha convertido en una carga, un obstáculo o una lamentable distracción en nuestra ruta hacia el éxito (p. 57).

En consecuencia, el doctor Rose dedica la segunda parte del libro a defender la individualidad, en contraposición a la visión del ser humano dada por el «promediarismo», describiendo los tres principios de la individualidad: el principio de la irregularidad (*jaggedness principle*), el principio del contexto (*context principle*) y el principio de los diferentes caminos (*pathways principle*).

El principio de la irregularidad sostiene que no podemos aplicar el pensamiento unidimensional para comprender algo que es complejo o irregular, como lo es el ser humano. Esta irregularidad se da cuando existen múltiples dimensiones y cuando estas dimensiones están débilmente relacionadas, idea contraria a lo que afirmaba Edward Thorndike, que, si alguien era bueno para alguna cosa, entonces era bueno para la mayoría de las cosas.

El principio del contexto hace referencia a que no hay cualidades esenciales de las personas, en el sentido de que se poseen o no se poseen, sino que las

cualidades de las personas pueden cambiar según el contexto; el problema es que hacemos juicios sobre las personas según información limitada a un contexto en particular en el que conocemos a las personas, i.e. como compañero de clase o de trabajo, como jefe o profesor, etc. No deberíamos preguntar «¿por qué esa persona actúa así?», sino «¿por qué esa persona actúa así en ese contexto?». Recordar que existen más elementos de la persona que los que nos presenta el contexto que nos hace encontrar el uno al otro, nos abre la puerta a tratar a otros con mucha mayor comprensión y respeto de lo que el pensamiento esencialista nos permite hacer; y esa comprensión y respeto son los fundamentos de las relaciones positivas, que muy probablemente nos llevarán a nuestro éxito y felicidad (p. 121).

El principio de los diferentes caminos comprende dos elementos muy importantes; el primero es que, en todos los aspectos de nuestra vida y para lograr cualquier objetivo, existen muchos e igualmente válidos caminos para alcanzar el mismo resultado; y segundo, que la ruta particular que es óptima para cada uno depende de su propia individualidad (p. 129). Lo opuesto a este principio es pensar que lo más rápido equivale a lo mejor. Desafortunadamente, en la actualidad existen exámenes o tareas que, si los estudiantes no son lo suficientemente rápidos para terminarlos en el tiempo establecido, son penalizados en los rankings educativos (p. 131). No obstante, cada estudiante sigue un único camino que se desarrolla a su propio paso individualizado. Por lo tanto, si cada estudiante aprende a un ritmo diferente y si los estudiantes aprenden a ritmos diferentes materias diferentes, entonces la idea de que debemos esperar que todos los estudiantes aprendan al mismo ritmo está irremediablemente equivocada. Valdría la pena que usted se pregunte si es que no era bueno para matemáticas o ciencias o si es que era el salón el que no estaba alineado con su ritmo de aprendizaje (p. 135).

Estos tres principios apuntan a promover la individualidad, poco promovida en el sistema educativo actual y en las empresas que siguen los modelos del taylorismo y el «promediarismo», pues pueden manejar los costos y maximizar la productividad, pero con una serie de limitantes, teniendo dificultades en inspirar y aprovechar la creatividad de los estudiantes y de los empleados (p. 158). Muchos padres de familia y muchos jóvenes se enfocan en esconder su individualidad en lugar de desarrollarla, simplemente porque tratan de sobresalir en exactamente las mismas cosas que los demás (p. 169). De manera que así estamos negociando nuestra propia singularidad para ser como los

demás también están tratando de ser, pero si jugamos a los promedios, dice el profesor Rose, entonces, en promedio, esto no funcionará (p. 169).

Con todo, el autor propone para renovar el sistema educativo actual: no dar diplomas, sino credenciales; reemplazar las notas con competencias; y dejar a los estudiantes que determinen su camino educativo (p. 170). ¿Queremos un sistema de educación superior que lleve a cada estudiante a ser como los demás y solamente mejores a los otros? ¿O queremos un sistema que empodere a cada estudiante para tomar sus propias decisiones? No obstante, la arquitectura actual del sistema de educación superior está basado en una falsa premisa: que necesitamos un sistema estandarizado para separar eficientemente los talentos de los que no lo son; no importa cuán grandes sean los triunfos que este sistema educativo ha producido, pues su arquitectura produce efectivamente fallas intolerables, y por eso debemos luchar por cambiarla. Es poco probable que las universidades cambien si los empleadores no comienzan a demandar perfiles diferentes de empleados; por eso, en cuanto sigan pidiendo diplomas y notas, habrá muy poco incentivo para las universidades para cambiar su sistema educativo (pp. 181-182).

No cabe duda de que las críticas del profesor Rose al sistema educativo de educación superior son contundentes, así como cimentadas en estudios sólidos y convincentes. El gran aporte del autor está en la claridad y sencillez conceptual con la que presenta su propuesta, que muy bien se puede aplicar a otras dimensiones del ser humano, no solo a la educativa. Pues, cuando el autor menciona que cualquier disciplina que estudia al ser humano ha confiado en el mismo método de investigación sin tener en cuenta la individualidad de las personas, podríamos incluir ahí las ciencias que incluyen la vida espiritual como la teología, o incluso a religiones que plantean normas aplicables de la misma manera a todos los individuos. Es difícil plantear soluciones personalizadas, pero no menos cierto es que puede ser que haya llegado también la hora de la renovación de estos otros ámbitos de la vida del ser humano, para que tengan más en cuenta la individualidad del ser humano, y no simplemente la esencia de ser persona en abstracto o alguna ideología por muy atractiva que parezca.

¿Queremos sistemas sociales, comunidades y disciplinas que lleven a cada persona a ser como las demás y solamente mejores a las otras? ¿O queremos sistemas sociales, comunidades y disciplinas que valoren la singularidad de cada persona, la promuevan y la empoderen para tomar sus propias decisiones?